

# El oficio de ver la vida que pasa

S. R. GUERRERO-STRACHAN

VALLADOLID. 'Oficio pasajero' es el diario que Montano escribió entre 1989 y 1999, que cuenta el tiempo que transcurre entre el año en que acaba la carrera universitaria y el que despide el siglo. Entre esas dos fechas, asistimos al desarrollo de una vida más íntima que externa, aunque hay anotaciones de su vida en Málaga, en Madrid, sus trabajos como guionista para la televisión y como bibliotecario, pero todo visto desde la perspectiva de quien está alejado del mundo porque el mundo no se le ofrece o porque es demasiado tímido para sumergirse en él. Montano ve la vida que pasa. «Vivir es ver pa-

sar», dijo Azorín, y aquí se cumple. El tiempo pasa y cuando uno quiere darse cuenta ha dejado de ser ese adolescente rezagado y es un adulto que duda si ha vivido de verdad. No sabría decir si la literatura aleja de la vida activa o si, porque uno es incapaz de vivir, se refugia en cierta medida en la literatura. Esta distancia permite a Montano desplegar sobre el mundo una mirada melancólica que nunca juzga y que logra señalar lo bello que hay. Contradice aquí a Borges al afirmar que la belleza no es frecuente y que la vida solo nos da destellos o fragmentos. De igual modo solo disfrutamos de manera intermitente de la indolencia del tiempo: «el abandono del bienestar,

las horas que pasaban dulcemente en la terraza y la conversación frívola».

Esta última frase, cercana ya al final del diario, contrasta con la angustia que aparece en sus inicios y perdura hasta ese final en que, aunque brevemente, se reconcilia consigo mismo y con la vida a la que ni toca ni lo toca, según afirma en algunas anotaciones. 'Oficio pasajero' puede leerse como una novela en un tiempo en que algunos han vuelto a la novela decimonónica –sin alcanzar las cotas de aquellas– y otros la han disuelto en la anotación tan minuciosa como mínima de lo que a sí mismos les ocurre. Montano escribe –esto es una interpretación– la novela de un



OFICIO PASAJERO  
JOSÉ ANTONIO MONTANO

Editorial Sr. Scott.  
Madrid, 2023. 293 págs

joven que, perdido en la vida por ser incapaz de enfrentarse a ella, madura entre momentos de indecisión, angustia y tristeza. La vida transcurre y nunca se detiene. Así, pasan los amigos –que vuelven–, pasan las novias –en algún caso de modo fatal–, y pasan los trabajos, permaneciendo lo único que conjura el tiempo:

la literatura. Es, por encima de todo, un retrato del artista adolescente: desde sus inicios gamberros hasta la madurez cuando se da cuenta de que «el escenario está ahí y solo hace falta que se lastime un poco el corazón». El novelista, que es el diarista que escribe, ha de arreglar, eso sí, lo que ve, para hacerlo presentable y para hacerlo pasar por novela, o por diario. Esto solo es posible con un medido uso de la ironía literaria donde las cosas son sin llegar a ser y, con frecuencia, pareciendo lo que no son. También 'Oficio pasajero' da cuenta de dicho aprendizaje cuando reflexiona sobre Ernest Jünger y Fernando Pessoa, cuando habla de Nietzsche y Cioran o cuando menciona a Bernhard. Con estos autores juega Montano su partida, y logra un libro que se alza por encima de la literatura actual.

UN ÁNGULO ME BASTA

## Seguir el rastro

El placer de mostrar lo invisible u olvidado

FERMÍN HERRERO



El neoneaturalista Baptiste Morizot tiene maneras de emboscado «ecosensible», de ahí que acuda de entrada, como preámbulo, a este vocablo, con frecuencia metafórico, si bien lo usa en su forma verbal: «emboscarse», es decir, interactuar con «los territorios vivos» gracias al «doble movimiento de recorrerlos de otro modo, conectándose a ellos mediante otras formas de atención y otras prácticas» y al tiempo «dejarse colonizar por ellos, dejarse ocupar, dejar que se instalen en nuestro interior». Y a fe que lo cumple, a fondo, lejos de miradas ecologistas epidémicas. Por eso, al referirse a un grupo de amigos, «rastreadores dominicales del matorral», refuta de plano, siguiendo a Descola, el concepto de naturaleza implantado por nuestro errado paradigma occidental antropocéntrico.

En 'El rastreador' (Errata Naturae) se adentra con fruición en el placer de la búsqueda en todos los órdenes, sus orígenes en «las fuentes del Pleistoceno» y evolución, a partir del «discreto arte del rastro» en sus dos modalidades: especulativa y sistemática, actividad que aviva el pensamiento, permite columbrar lo invisible, ayuda a compartir, además de empatizar, y transforma en suma al que lo practica, sin olvidar su papel en el salto imaginativo, de las aptitudes cognitivas lógicas, las facultades inter-

pretativas y simbólicas, así como de la capacidad de investigación racional de la especie, de la palabra, e incluso a modo de detonante de la aparición del diálogo político.

Morizot, avezado lector de lo natural, está muy dotado para la narración, algunos pasajes se leen como relatos de aventuras, y maneja con soltura referentes antropológicos, mitológicos, animistas o del chamanismo. En las curiosísimas digresiones que jalonan el texto cita también a poetas tan dispares como René Char, Gary Snyder, Omar Jayyamm o Walt Whitman, lo mismo que a expertos en sus respectivas disciplinas como el precursor de la etología Konrad Lorenz, Edward O. Wilson, Aldo Leopold o Claude Lévi-Strauss. Atiende en definitiva, en esta especie de ensayo, minuciosamente, con precisión, la respiración del planeta a través de las sutiles relaciones en el medio ambiente, escruta camuflado, hasta identificarse con el animal, cualquier manifestación. Es capaz de estar una

Estos escritores ventean señales ocultas que se nos escapan al común de los mortales

noche casi en vela para asistir al acecho astuto, merodeador, de un lobo a un rebaño o de descubrir a lobos pescadores de canchales en los ríos franceses; de perseguir, a modo de prueba iniciática, a un oso grizzly en Yellowstone a partir de una zarpa impresa en un charco; de explorar a lomos de un caballo, «por cantiles de vértigo», la estepa y alturas de Kirguistán para tratar de avizorar al leopardo de las nieves; de trazar la cosmología de las lombrices en un vermicompostador casero...

Qué experiencias. Se trata de indagar, con «un sentido filosóficamente enriquecido», basándose en «la espera, la inminencia, la paciencia ardiente», sobre indicios o huellas para reconstruir «perspectivas» en «el arte de habitar de otros seres vivos». Es lo que, aplicado no al reino animal asilvestrado, sino a su familia, particularmente a su enigmático padre y a su abuelo paterno, participe en la ejecución de la Shoah, hace el periodista madrileño Ricardo Dudda, con tintes de biógrafo curtido, en 'Mi padre alemán (Libros del Asteroide), una trepidante investigación, que, como resume el autor, «no es una hagiografía, sino un collage, es una exploración del pasado familiar, es una reflexión sobre la culpa y el desarraigo, es una biografía y una autobiografía, es una larga conversación frente al mar y llena de digresiones entre



un padre y un hijo».

Y a mayores, añadiría por mi parte, un friso histórico en toda regla, una auténtica inmersión muy documentada, particularmente en relación con el abuelo de turbio pasado nazi, y con la huida, tras el fin de la guerra, en compañía de su madre y su hermano, de niño, de su padre, todo un personaje, publicista afamado luego en España, tiburón de los negocios, «maniático de la logística», agitador de saraos y proyectos y a la vez solitario, aislado en una antigua casa de pesca-

dores frente de un mar hipnotizador y absoluto, en El Hoyo, «entre Mazarrón y Águilas», en suma «el único alemán prusiano luterano trombonista refugiado de la Segunda Guerra Mundial que le reza a la Virgen del Rocío».

Sobre la base de un testimonio escrito del padre alemán y de conversaciones grabadas con él a lo largo de años, a lo que añade a posteriori cientos de papeles y fotografías familiares que le dona la viuda de su tío, el ritmo narrativo de Dudda es trepidante, muy cinematográfico, a la manera de



**LOS HIJOS DE DORMIDOS**  
ANTHONY PASSERON  
Libros del asteroide.  
232 páginas. 19,95 euros.

En la familia de Anthony Passeron, casi nunca se hablaba de su tío Desiré. ¿Quién fue aquel hombre al que su hermano (el padre de Anthony) tuvo que ir a buscar a Holanda? ¿Quién fue aquel familiar que falleció de sida en un momento en que el solo nombre de la enfermedad ya parecía

una condena? Este libro (duro, hermoso, tan documentado como doloroso) es una gozosa combinación entre la crónica y el cuaderno de memorias. En capítulos alternos, Passeron cuenta la historia de su tío (quién era, cómo la enfermedad afectó a él y a los suyos) y también la heroica y valiosa investigación que se emprendió desde Francia para identificar el virus y comenzar así la lucha contra la enfermedad. Hay páginas que pellizcan, como esas en las que una madre limpia a su hijo a la sangre que a otras personas daba tanto pavor (134) o como la de los enterradores que se niegan a tocar el cuerpo del fallecido por miedo al contagio (155). V. M. V.



**ARTISTAS DE LA SUPERVIVENCIA**  
HANS MAGNUS ENZENSBERGER

Altamarea.  
240 páginas. 19,90 euros.

Sartre fue un tipo bajito y estrábico que tuvo prohibida la entrada en Cuba. Junger era un exlegionario que coleccionaba cucarachas y mariposas. Céline, además de un médico especializado en virología, era un tipo «asque-

roso, calumniador, pornógrafo, antisemita, colaboracionista...». El intelectual alemán Hans Magnus Enzensberger publicó a lo largo de su vida unos textos pequeños y afilados sobre un puñado de escritores (de Cela a García Márquez, de Gertrude Stein a Neruda) convertidos en artistas de la supervivencia. Supervivientes porque su obra y su nombre ha permanecido, porque sus libros se siguen leyendo. Pero supervivientes también porque el escritor (la escritora) es además alguien que ha de combatir contra el poder, la censura, las purgas, la miseria moral. Algunos sobrevivieron por oposición. Otros, entregándose a causas terribles. V. M. V.



**LA REINA DEL BAILE**  
CAMILA FABBRI

Anagrama.  
176 páginas. 17,90 euros.

Paulina acaba de tener un accidente de tráfico (junto a un perro y una adolescente), pero es incapaz de saber qué ha pasado exactamente, quién es esa chica que está con ella y cómo ha llegado hasta allí. A veces en la vida ocurre. Tomamos unos caminos sin saber muy bien por qué, con-

ducimos con la duda de si no nos habremos equivocado y solo cuando ya es demasiado tarde nos damos cuenta de que hemos descarrillado, de que hemos invadido un carril erróneo, hemos ido por donde no deberíamos por no haber sabido tal vez ocupar ni defender nuestro propio espacio. Sobre esto habla esta novela. De los espacios de intimidad construidos y de las soledades no del todo deseadas. A partir de ese accidente (en el primer capítulo) viajamos atrás en el tiempo para conocer las razones por las que Paulina ha llegado hasta allí. Su ruptura con Felipe, su pareja. Su amistad con Maïte. Sus ligues en apps de citas... V. M. V.



Pinturas prehistóricas en la isla de Célebes (Indonesia) similares a las de la cueva de El Castillo en Cantabria. EFE



**EL RASTREADOR**  
BAPTISTE MORIZOT

Errata Naturae. 248 páginas.  
21 euros.



**MI PADRE ALEMÁN**  
RICARDO DUDDA

Libros del Asteroido. 216 páginas.  
18,95 euros



**EL LIBRO DE LAS DESPEDIDAS**  
VELIBOR COLIC

Periférica. 208 páginas. 19 euros.

las historias que le cuenta su progenitor, cuyas andanzas y amores casi siempre frustrados, cuando no frustrantes, no dejarán al lector indiferente, jalonado por lecturas complementarias muy bien incorporadas al argumento y por testimonios paralelos, así como por algún documental y visitas a los lugares donde vivió su padre, empezando por su ciudad natal, «triste y ventosa y melancólica».

En 'El libro de las despedidas' (Periférica), escrito en francés, publicado en 2020 por Gallimard,

Velibor Colić, de quien soy devoto desde su escalofriante, como ráfaga de metrallera, 'Los bosnios', visión fragmentaria, impresionante, del conflicto yugoslavo, nos muestra autobiográficamente al refugiado político, inmigrante bastante perdido, como rastreador infatigable, con olfato que se adapta a las peores situaciones, de oportunidades, algunas desperdiciadas, otras de cierto provecho, en tierra extraña, desde que llegó a Francia hace más de un cuarto de siglo tras desertar de la guerra balca-

nica («la alegría de salvar la vida rápidamente se sustituye por el miedo»). Al desmañado y corpulento Colić («ocupo un espacio de ciento siete kilos y de ciento noventa y cinco centímetros») siempre lo he emparentado, en un orden de cosas muy distinto, con el serbio, fallecido el año pasado en Estados Unidos, Charles Simic, escritor también de raza, igualmente volcánico, un tanto a lo Kusturica en lo cinematográfico, con un humor parecido, sombrío, exultante a pesar de los pesares.

Ya en la obra sobre los horrores bélicos y en 'Manual de exilio' nos había deslumbrado (como aquí al describir sus correrías y devaneos, sus entusiasmos y problemas con las mujeres, en sueño galo, con incursiones en Alemania y viajes a Suecia al entierro de su hermano, a Brasil como literato y a su Croacia natal, en la parte bosnia, de veraneo) su estilo en crudo, forjado en frases cortas y martilleantes. En este recorrido del superviviente nato, tirando de sarcasmo y de autocrítica, lo pone al servicio de retratos de personajes excéntricos como él, con un laconismo quirúrgico, y de escenas entre lo sublime y la impostura, entre lo grotesco y lo desopilante, entre lo erótico subido, lo poético tajante, lo onírico sideral y el desbarre ético preferentemente en las barras de garitos. A Colić se la refanfinfla todo, salvo su inquebrantable vocación de escritor, pasa olímpicamente de la corrección política y demás imposiciones.

Decía nuestro vecino, el sabio editor y diarista Julio Martínez, en 'La noche de los granados', que «en la navegación de altura los indicios están muy considerados y sus expertos (gente señalada) gozan del respeto de la tripulación y, sobre todo, de los pilotos». Así estos escritores recomendados ventean las señales ocultas que se nos escapan al común de los mortales.

AL PIE DE LA LETRA

CARLOS AGANZO



Jiménez Lozano y los pájaros

Nacidos los dos en Langa, un pueblecito de apenas seiscientos habitantes (entonces) en mitad de la llanura sanjuanista de la Moraña, José Jiménez Lozano y Jacinto Herrero, poetas los dos y los dos estudiosos y ensayistas, compartieron muchas cosas a lo largo de sus vidas, entre ellas una larga y fértil amistad. También una curiosidad y un amor inmenso por los pájaros, que fueron sus confidentes y, en muchos casos, la excusa alada para construir sus respectivos poemas, o sus textos. También el signo de un modo de escribir y de estar sobre el mundo, atento a los vuelos en corto, a la verdad rotunda de lo pequeño, de lo frágil, de lo humilde.

En 'Señores pájaros. 273 fragmentos', la editorial Dias Contados reúne eso: 273 fragmentos, en verso y en prosa, de la obra de José Jiménez Lozano, en los que los pájaros son protagonistas. Un repaso, con prólogo de Andrés Trapiello y dibujos de Ramiro Fernández Saus, a la obra del poeta, narrador, ensayista, periodista y diarista desde un punto de vista muy particular, íntimamente ligado a su relación con la naturaleza, a su búsqueda incansable de la sencillez y a su apuesta por «la lacerante alegre belleza de lo minúsculo». Lo mismo en un libro entero, 'Pájaros' (2000), dedicado a sus compañeros de cavilaciones, que en otro, 'La estación que gusta al cuco' (2010), en el que los pájaros se incorporan al título de la obra. Pero también en sus maravillosos diarios o en incluso en los libros más sesudos y de pensamiento más profundo.

«Mira, Juan de Yepes, / el pájaro sentado en el tejado / no contempla. Endecha en el silencio / a sus pequeños atrapados en el cepo», dice, con esa tierna ironía que tanto le caracte-



**SEÑORES PÁJAROS.**  
273 FRAGMENTOS  
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Editorial Dias Contados. 356 pág.

teriza, en el poema 'Matización a un místico'. Una prueba, como las otras 272 que componen este libro, de la capacidad de expresar a través de los pájaros, de la naturaleza, el mundo personal de uno de los autores más singulares de nuestro tiempo. «Hay lugares en esta Castilla -dice también Jiménez Lozano-, llenos de redondeces, curvas y protuberancias, pero donde la soledad se hace casi carne, resulta insoportable. Un chopo, que a Ortega le parecía una lanza o el signo de la más austera geometría, es, por el contrario como un oasis, un descanso, en un momento de gracia o de sensualidad. Por allí cerca es seguro que hay agua y verdor. Y pájaros».

Un oasis a cuya frescura contribuyen no poco los dibujos del pintor y grabador Ramiro Fernández Saus, comprometidos con esa sencillez emocional en la que se detienen, como el poso del pájaro sobre la rama, las palabras de Jiménez Lozano. La evidencia del modo en el que la poesía, por tardía que fuera la publicación en su caso, estuvo siempre presente, desde el principio, en la obra del escritor retirado de las vanidades del mundo en Alcazarén. Y un libro «de verdadera poesía, o de poesía verdadera», en palabras de Andrés Trapiello, de esos que «incluso a oscuras dicen algo».